

VI

EL HOMBRE Y EL CABALLO

LIBRADO CARRASCO

*Académico numerario de la Real Academia de Ciencias Veterinarias
Decano de la Facultad de Veterinaria de la Universidad de Córdoba*



Prof. Dr. D. Librado Carrasco. Académico de Número y Decano de la Facultad de Veterinaria de la Universidad de Córdoba

La relación entre la humanidad y el caballo ha durado milenios, y se ha basado en la ayuda y el respeto mutuo, contribuyendo de una forma muy decisiva no sólo a forjar nuestra historia, sino también nuestra cultura, hasta el punto que el escritor Fernando Savater, nos invita a reflexionar con la siguiente frase *“Pero tras preguntarnos con displicencia o arrogancia ¿Qué será de los caballos sin los hombres?, quizás deberíamos plantearnos otra interrogación más inquietante: ¿seguiremos siendo humanos, ya sin caballos?”*. El papel del caballo ha sido tan importante en la guerra, el transporte y en la vida diaria del hombre, y es tal la fascinación que por este bello animal ha sentido la humanidad, que aparece representado en las manifestaciones artísticas de todas las épocas, y una de las principales razones por las que se crearon las Escuelas de Veterinaria.

EL CABALLO ESPAÑOL. UN BREVE APUNTE DE SU HISTORIA.

La historia del ser humano siempre ha estado asociada a la de los animales. En este sentido uno de los fieles amigos del hombre durante este largo recorrido ha sido el caballo, un animal que fue domesticado hace unos 3.000 años y que, junto con la de los rumiantes, fue uno de los efectos de la vida sedentaria y de la aparición de la agricultura.

La domesticación del caballo se ha atribuido a la cultura Swendi Stop (Ucrania), precediendo su monta a la utilización de éstos como animales de tiro. En Andalucía, los tartesos van a primar la producción de los équidos, ya que estos no solo estaban destinados a las labores agrícolas y de transporte, sino que su tenencia era un indicativo de un estatus social elevado, como lo atestigua la presencia de imágenes de jinetes y de carros tirados por caballos en las *“Estelas del Suroeste”*, como las encontradas en el yacimiento de Ategua (Córdoba) o en Carmona (Sevilla).

En la época romana se señala la existencia, en lo que hoy conforma nuestro país, de dos tipos diferenciados de caballos. Uno pequeño, tipo poney, que se criaba en la Cornisa Cantábrica y que procedería del *Tarpan*, correspondiéndose con lo que hoy conocemos como asturcones (ponies gallegos, vascos, navarros y asturianos). Y otro, denominado como hispano, procedente del *Equus przewalski*, abundante en el Valle del Guadalquivir y famoso por su velocidad. Caballos que aparecen descritos en la correspondencia, fechada en el año 401, de Simmanco a Salustrio ("*Corpus hippiatricorum grecorum*") de la siguiente forma: "Los caballos hispanos son de gran alzada, buenas proporciones, posición erguida y cabeza hermosa. Como caballos de viaje son duros, no enflaqueciendo. Son muy valientes y veloces, no haciendo falta que se les espolee. Son de buena naturaleza desde su nacimiento hasta la edad adulta". Es en esta época en la que los andaluces demuestran, según atestigua la numerosa iconografía encontrada, una gran pasión por los caballos y a los deportes hípicas. Una afición que ha perdurado hasta nuestros días.

Aunque en la España visigótica el caballo sigue siendo muy apreciado para la guerra, va a ser durante la dominación musulmana cuando el caballo se va a convertir en un verdadero centro de atención. Así, la invasión islámica va a provocar que se amplíen los pastos disponibles en la zona de la desembocadura del Guadalquivir y se crean establecimientos dedicados exclusivamente para la cría caballar, como la yeguada de Al-Mada, donde Almanzor llegó a disponer de más de 3000 yeguas de vientre y sementales, como describe Ibn Hayyan. Una selección y crianza de los animales, que hizo que los caballos procedentes de Al-Andalus, principalmente los del alfoz cordobés y el aljarafe sevillano, se hicieran famosos en toda Europa, por su velocidad y resistencia. El caballo aparece ampliamente tratado en la literatura andalusí, tanto en los textos científicos y de técnicas militares, como en las crónicas, y en los textos de tipo religioso o político. Entre las obras de esta época dedicadas a los équidos merece la pena destacar "*Gala de Caballeros, blasón de paladines*" de Ibn Hūdāyl (1392) con motivo de la ascensión de Muhammad VII al trono del reino de Granada.

En la Edad Media, la reconquista de Sevilla (1248) y de Niebla (1262), van a ser un punto de inflexión en la cría de los caballos en la zona del Guadalquivir, ya que las yeguelas, netamente militares, van a dar paso a una ganadería extensiva que se va relacionar con la producción de otras especies de interés ganadero. Aunque al mismo tiempo se va a

producir un reconocimiento legal, por parte de la Corona Española para los caballos españoles. Así, Enrique IV, en las cortes de Toledo (1462), va a promulgar las primeras leyes para su protección y crianza, que se continuaron con las emitidas por Fernando e Isabel en Valladolid (1492) y Granada (1499), que tenían como objetivo el proteger la raza, evitando su degradación y prohibiéndose su exportación. Aunque inevitablemente, la existencia de las cruzadas supuso que las Ordenes Militares, que tanto valoraban al caballo Español, lo utilizaran en sus campañas, y que por tanto algunos ejemplares fueran utilizados para mejorar las razas de Francia e Inglaterra. Como botón de muestra de la importancia y el valor concedido a nuestros caballos cabe señalar que Ricardo Corazón de León hizo su entrada triunfal en Chipre, con motivo de la Tercera Cruzada, a lomos de un Caballo Español, y que Godofredo de Plantagenet, Conde de Anjou, hizo gala en las fiestas de Rouen de ir montado en un Caballo Español.

La Edad Moderna supuso el cambio de la cultura caballeresca a la cultura cortesana. Sin embargo, este cambio no supuso una pérdida de la importancia del caballo, ya que el caballo siguió teniendo un papel eminentemente protagonista, como lo refleja la creación de la figura del "Caballerizo Mayor", de las "Caballerizas Reales", como la de Córdoba, fundada por Felipe II en 1570, y de las "Reales Maestranzas de Caballería", que se crean a partir de cofradías nobiliarias, como las de Sevilla (1670), Granada (1686), Ronda (1707) ó Jerez de la Frontera (1739). Además, el Caballo Español, sigue siendo muy apreciado en Europa, como lo demuestra el hecho que Fernando I de Alemania fundara en 1562, la yeguada de Kladrub en Bohemia, con yeguas y sementales procedentes de Andalucía, que la Corte de Viena construyera, en 1565, un picadero dentro del palacio imperial, que recibiría el nombre de "Picadero Español", y la fundación de una escuela de equitación, conocida como "Escuela de Equitación Española", y que el Archiduque Carlos, fundara la yeguada austriaca de Lipizza.

Durante esta época son numerosas las normas que se dictan para proteger al Caballo Español. Entre ellas destaca la Real Ordenanza dictada por Fernando VI en Aranjuez (1746), que busca su defensa a través de la protección y prioridades en los pastos y dehesas para los caballos y en las prohibiciones que buscan evitar el cruce para la obtención de mulas. Una Ordenanza que se inicia con el siguiente párrafo "A la vista que no han bastado las distintas providencias que se han dado para establecer

la abundancia y la calidad de los caballos, que han disminuido su número y degenerado su casta, se manda para las provincias de Andalucía,...” y en la que se especifica que los caballos, para la reproducción, “deberán ser de 7 a 14 años, siempre a juicio de un buen albéitar, se dé por sano de enfermedades hereditarias, sean de buen pelo, buena formación, anchura correspondiente y que tengan al menos una altura de siete cuartas”. Otras normas que buscan la protección y mejora del Caballo Español van a ser las Ordenanzas Ducales del Duque de Medina Sidonia, que señalan que en los concejos debe de existir un yegüero que vigile los apareamientos, o la “Palestra particular de los ejercicios del caballo” de Davila y Heredia (1674) que señala que “se encomienda y mejora las castas de los caballos, el Concejo disponga de un regidor y un jurado para que juntamente con la justicia examine los caballos,...”. La entrada de la dinastía de los Borbones traerá acompañada la introducción en España de una nueva estética del caballo, lo que indudablemente pasó por el cruce de numerosos ejemplares de nuestro Caballo Andaluz con razas caballares del Norte de Europa.

El Caballo Español, en el comienzo de la Edad Contemporánea, se encuentra en una situación muy delicada, como lo pone de manifiesto Ugarte Barneto en su obra “Memoria de la cría caballar de España” (1858), que señala “Todo el mundo conoce el deplorable estado de nuestra ganadería caballar y hace mucho tiempo que es notoria su progresiva degeneración. Se clama universalmente por atajar un mal de tan fatales consecuencias, pues que esta ganadería no sólo influye en la prosperidad de la riqueza pública sino que, considerada bajo el punto de vista político, es inmensa su importancia como pertrecho de guerra...”. Esta situación motiva la aparición de los Depósitos de Sementales, con el objetivo de que las yeguas de los particulares se cubrieran con animales seleccionados, y la creación de las Escuelas de Veterinaria, inicialmente la de Madrid y, posteriormente, la de Córdoba.

Con el objetivo de mejorar la situación de la cría caballar en España, durante el primer tercio del siglo XX se producen numerosas acciones y se dictan diferentes normas, entre las que destacan: la regulación de las paradas de sementales, la estructuración de la cría caballar, el establecimiento de las normas básicas de los libros genealógicos, etc.

En la actualidad, el sector equino representa un área de gran importancia socio-económica, tanto en el ámbito autonómico como nacional. Dentro de este sector, el caballo de Pura Raza Española (PRE), juega un papel muy importante, destacando por su belleza, nobleza, resistencia, inteligencia, capacidad de aprendizaje y sus aires naturales.

EL CABALLO COMO PROTAGONISTA DE LA HISTORIA DE LA MEDICINA VETERINARIA

A lo largo de la historia del hombre surgen diversas formas de Medicina Veterinaria, desde los sistemas empírico-credenciales, donde las enfermedades eran debidas a un castigo de Dios al dueño de estos, o a la acción de un demonio, hasta la actual Medicina Veterinaria basada en el método científico. Pero durante toda esta larga evolución ha estado muy unida al papel preponderante que ha tenido el caballo en la historia del hombre. En el *"Código de Hammurabi"* y en las tablillas de arcilla escritas en lengua hitita halladas en Ugarit, se hallan las primeras regulaciones sobre la Medicina Veterinaria y las primeras descripciones de tratamientos para las enfermedades de los équidos, así como los procedimientos para la doma y entrenamiento de los caballos.

En el antiguo Egipto el caballo cobra una gran importancia a raíz de la invasión de los hicsos y mitannios. Esta importancia viene reflejada en las numerosas representaciones artísticas en las que éstos aparecen, describiéndose en el *"Papiro de Kahun"* diferentes tratamientos y métodos diagnósticos para las enfermedades de los caballos.

En la India debemos de destacar la figura del médico Salihotra que escribió el *"Código de Parasara"*, un tratado de medicina veterinaria centrado en las enfermedades del caballo, las leyes de Aschoka (soberano, filósofo y codificador de la reforma de Buda) que dan origen a los hospitales veterinarios (*"Pasoukicisa"*), regulándose en el *"Mahavamsa"* que se debe crear uno en cada cruce de las principales vías de comunicación, y que en las plegarias a Brahma se cita al caballo

En la Grecia clásica nos encontramos la figura mitológica del centauro Quirón, maestro de Aquiles, que representa la compenetración hombre-caballo y que según la mitología estaba dotado de una gran sabiduría y habilidad para curar heridas, por lo que es utilizado para representar a la Medicina Veterinaria, apareciendo en el título de Licenciado de Veterinaria y en los escudos de algunas Facultades. De la época romana destacamos al gaditano Lucio Moderato Columella, autor de la obra *"De re rústica"* en la que se relatan los conocimientos de la cría, domesticación, reproducción y enfermedades de los équidos y bovinos, prestando una especial atención al tratamiento de las cojeras, y que es el primero en utilizar la palabra *"veterinariii"* o *"veterinarius"* para designar al que cuida de los animales enfermos, aunque en esa época el tratamiento y cuidado

de los caballos del ejercito estaba a cargo de los denominados "*medicus equarius*".

En Bizancio destaca la aparición de numerosos tratados y compilaciones y la figura de Apsirto, considerado como el padre de la Medicina Veterinaria, cuyos escritos, en forma de cartas, sobre la medicina veterinaria equina, junto con los de Hierocles y Eumelo, conformarán, por orden del emperador Constantino IV, la "*Hippiatrica*" (*hippos*: caballo; *iatros*: médico), en la que se hace referencia a los caballos de la Península ibérica. Grandes hitos de esta época fueron la introducción de los estribos, la silla de montar y las herraduras de clavos.

La historia del pueblo árabe va indisolublemente ligada a la de sus caballos, hasta tal punto que en el Corán aparecen sentencias sobre ellos, siendo consideradas la cría y la doma de los caballos parte integrante de las enseñanzas religiosas. La medicina veterinaria árabe ("*al-beitar*") fue la heredera de los conocimientos de los escritos hipiátricos greco-bizantinos y de las antiguas tradiciones hindúes, persas y sirias. En la península ibérica, la actividad científica fue promovida por Al-Hakan II, hijo de Abd al Rahman III (fundador de "*Madinat al-Zahra*"), que hizo de Córdoba la segunda ciudad del mundo en importancia, con una biblioteca de 400.000 volúmenes. Entre los principales médicos veterinarios árabes de esta época se encuentran Abu Zakira ibn Mohamed ibn al Awam, con su "*Compendio de Agricultura*" y Mohamed ibn Iqud, con "*Ars veterinaria*", cuyas obras contienen indicaciones sobre la cría, herrado, diagnóstico y tratamiento de las enfermedades de los caballos. Otros autores árabes que marcaron el desarrollo de la medicina veterinaria fueron Abu l'Qasim Jalaf al Zahrawi, que escribió numerosos trabajos sobre materias veterinarias y técnicas quirúrgicas, Aben-abi-Hazan y Ali ben Abderrahman ben Hodeil, con obras dedicadas al caballo como el "*Furusyya*", una obra dedicada a la equitación y con contenidos sobre hipología, hipiatria y albeiteria

En la Edad Media todos los conocimientos, entre los que se encontraban también los correspondientes a la Medicina Veterinaria, se refugiaron en los monasterios, siendo transmitidos por los religiosos a los caballeros que formaban parte de las Ordenes de Caballería, ya que estos estaban obligados a velar por la salud de sus caballos, su principal patrimonio, teniendo algunas Ordenes, como la del Temple, una gran reputación, curando no solo a sus caballos sino también los animales de la gente del pueblo, por lo que merecieron el título de Albéitar, término que Alfonso X el Sabio empleo por primera vez en "*Las Partidas*"

La utilización de las herraduras de clavos provocó la aparición de los ferradores (herradores), un gremio que junto al arte de herrar y debido a la escasez de albéitares extendieron su actividad a la Medicina Veterinaria, lo que provocó la necesidad de mejorar su cultura, iniciándose muchos de ellos en la lectura de manuscritos. Este interés por la cultura es lo que llevó, en la Península ibérica, a la fusión entre las figuras del herrador y del albéitar. Una fusión que tuvo como consecuencia la creación de tribunales que permitieran el ejercicio de la profesión. Así, el primer Tribunal Examinador de Albéitares y Herradores, o Tribunal del Protoalbeiterato, es creado en 1475 por Isabel la Católica, y constituido por dos Albéitares de las Reales Caballerizas. Unos tribunales que tendrán una vigencia de más de tres siglos.

La trascendencia del caballo como motor de la Medicina Veterinaria en esta época viene refrendado por las numerosas obras dedicadas al diagnóstico y tratamiento de las enfermedades de los caballos como el *"Libro de menescalia et de albeyteria et fisica de las bestias"*, *"De medicina equorum"*, *"La gloria del Cavallo"*, *"Libre de Menescalia"*, o el *"Libre de Albeyteria"* de Francisco de la Reyna (1547) y el *"Discurso de Albeyteria"* de Baltasar Francisco Ramirez (1629), este último considerado durante mucho tiempo como el mejor tratado de medicina equina. Uno de los ejemplares de cada una de estas dos últimas obras pertenecientes a la Facultad de Veterinaria de la Universidad de Córdoba, se encuentran depositados en la Biblioteca del Campus de Rabanales.

La creación de las Escuelas (posteriormente Facultades de Veterinaria) nace de la necesidad que siente el gobierno francés de tener especialistas encargados de cuidar y tratar las enfermedades de los caballos, así como de combatir las pestes que asolaban a la ganadería. La primera escuela fue fundada en Lyon en 1762 por Claude Bourguelat, Director de la Escuela de Equitación de Lyon. Una iniciativa que rápidamente fue imitada por el resto de países europeos. En España la primera Escuela de Veterinaria que abre sus puertas es la de Madrid en 1793, siendo D. Segismundo Malats, Mariscal Mayor del Regimiento de Dragones de Almansa, su primer director. El plan de estudios estaba enfocado hacia el caballo (anatomía, fisiología, herrado, exterior, medicina interna, patología y curación de las enfermedades), la mayor parte de los alumnos procedían del arma de caballería, y la duración de los estudios era de tan solo dos años. En 1834 se suprime el atuendo militar de los alumnos de Veterinaria y en 1835 se dispone la unión del Real Tribunal del Protoalbeiterato con la Real Escuela de Veterinaria, primer paso para su desaparición.

La creación de la Escuela de Veterinaria de Córdoba (1847), segunda creada en España, obedece según los ponentes a “...ser el punto más céntrico y adecuado de las provincias andaluzas, única parte de España donde se conservan aún los restos de nuestra selecta raza caballar, ya por la afición que sus naturales manifiestan a esta especie de animales, ya, finalmente, por la inclinación que muchos de ellos tienen a aprender y seguir esta facultad”, una Escuela cuyo primer director fue D. Enrique Martín Gutiérrez, habilitándose como Escuela el llamado Hospicio viejo o Beaterio de Santa María Egipcíaca (situado en la calle Encarnación Agustina), y en el que se habilitaron entre otras dependencias, una clínica médica y quirúrgica, dos fraguas y unas caballerizas.

Desde el primer plan de estudios de la Real Escuela de Veterinaria de Madrid (1793) en el que se formaba un veterinario centrado en el cuidado del caballo, y en menor medida de los animales de renta y abasto, hasta la actualidad en la que los Licenciados en Veterinaria desarrollan su actividad en la medicina y cirugía animal, producción y sanidad animal, tecnología agroalimentaria, higiene y seguridad alimentaria y salud pública, los planes de estudios han sufrido numerosas modificaciones, en las que, sin embargo, nunca se ha olvidado a nuestro fiel amigo el caballo, que no solo aparece en los contenidos de la mayoría de las asignaturas que han conformado los distintos planes, sino que también ha tenido asignaturas solo dedicadas a él. Así, en el actual plan de estudios de nuestra Facultad nos encontramos, entre otras, con: “Clínica médica del caballo”, “Podología equina”, “Equinotecnia”, “Fisiología del ejercicio”, “Domesticación y evolución histórica del manejo y producción del caballo”, o “El caballo en el deporte: modalidades ecuestres”. Pero el caballo no solo está presente en los contenidos de las asignaturas sino también el trabajo diario de numerosos profesores como se refleja en la actividad diaria del Hospital Clínico Veterinario “Francisco Santisteban”, y de grupos de investigación como los de Biomecánica y Fisiología del ejercicio, que han hecho posible la creación del “Centro de Medicina Deportiva Equina”, así como en las actividades extracurriculares, como se refleja en las actividades que realiza el “Aula del caballo”.

EL CABALLO EN EL ARTE

La admiración que el hombre ha tenido por el caballo es anterior a su domesticación, ya que los équidos son uno de los animales más representado por nuestros antepasados, tanto en forma de figurillas de marfil,

como las encontradas en el valle del Lone (Alemania) o en Lourdes (Francia), y con una antigüedad de 33.000 años, como en forma de pinturas, como las encontradas en las paredes de algunas cuevas, entre las que se encuentran las de Altamira, en las que hay representados 26 équidos, la de Tito Bustillo, en la que destaca su caballo violeta, con una antigüedad de unos 13.000 años, o la de Niaux, en las que se representan nueve caballos de una gran belleza pictórica y entre los que destaca el caballo de las crines erizadas, de unos 12.000 años de antigüedad. En Andalucía, las mejores representaciones del caballo en el arte rupestre están en la cueva de la Pileta (Málaga), en la que podemos encontrar 22 caballos, destacando entre ellos una yegua gestante decorada con trazos rojos y negros, y con una antigüedad de unos 20.000 años.

En los relieves de los templos del Nilo, los egipcios representaron escenas de guerra con caballos enganchados por parejas a carros de finísimas ruedas, desde los que los faraones dirigían sus ejércitos. El caballo también aparece, en forma de grabados, en la cultura babilónica, formando parte de escenas de caza o de guerra. Los griegos utilizaban dibujos de caballos de formas elegantes para adornar sus cerámicas y el reverso de sus monedas, en las que podemos observar también a Pegaso. En la Península ibérica nos encontramos con representaciones esquemáticas de caballos uncidos a carros de guerra en las estelas tartésicas, así como acompañando a guerreros en esculturas como las halladas en Porcuna (Jaén), siendo numerosas las figurillas ecuestres de guerreros íberos encontradas en nuestro país. El caballo también es un motivo muy frecuente en las monedas hispano-cartaginesas, en las que suelen aparecer acompañados con signos astrales o con una palmera, y en los platos utilizados en las ceremonias religiosas, en los que junto con la representación de caballos, también podemos observar la presencia de centauros.

En la época romana, el caballo aparece representado, de forma ágil y elegante, en estatuas y mosaicos, siendo en estos últimos muy frecuente las alegorías a carreras de cuadrigas, como los encontrados en Bell-Loch (Gerona), en Barcelona, en Itálica (Sevilla), Mérida (Badajoz), o en Córdoba. Pero también los caballos aparecen en los relieves que adornaban a los sarcófagos, como *"El rapto de Proserpina"* o *"La cacería del León"*, que se encuentran en el museo arqueológico de Barcelona, o *"Pegaso"*, que se encuentra en el museo arqueológico de Córdoba.

En el arte visigótico y en el románico, son numerosos los edificios religiosos o palacios en los que aparecen esculpidas o pintadas figuras

ecuestres. Entre los edificios en los que en sus capiteles nos encontramos figuras montadas a caballo están: San Isidoro (León), la Colegiata de Santillana del Mar (Cantabria), las Catedrales de Gerona o de Jaca (Huesca), el Panteón de los Reyes de León, o el Palacio de los Reyes de Navarra (Estella, Navarra). Pero estas figuras ecuestres también aparecen en forma de frescos como los de San Baudelio de Berlanga, donde podemos observar escenas de caza, o adornando manuscritos como los del *"Beato de Liébana"*, *"Beato de Valcavado"*, o las *"Cantigas"* de Alfonso X el Sabio. En el gótico, numerosos santos como Santiago o San Jorge, son representados por artistas, como Nisart, Rafael o Ucello, a lomos de nuestros caballos.

Los maestros de la escuela flamenca, como Brueghel el Viejo, Jerónimo Bosch o Rubbens incluyeron al caballo en sus obras, aunque contrasta mucho como los representaron. Así, mientras que Brueghel el Viejo incluye unos famélicos caballos en el *"Triunfo de la Muerte"*, Rubbens nos dejó unos maravillosos caballos de nervudas patas y ondulantes crines, máxima expresión del barroco, en obras como *"La lucha de San Jorge con el dragón"* o *"El Duque de Lerma"*. Caballos barrocos que también aparecen en las obras de Tiziano (*"Carlos V en la batalla de Mühlberg"*) o Van Dyck (*"Carlos I de Inglaterra"*). Pero quizás sean los caballos de Velázquez los más bellos del barroco. Caballos de bellas crines que acompañan a *"Felipe III"*, *"Felipe IV"*, *"El Príncipe Baltasar Carlos"*, *"El Conde-Duque de Olivares"*, *"La Reina Isabel de Francia"* o a *"Margarita de Austria"*, o que forman parte de los ejércitos en *"La rendición de Breda"*, y que sirvieron de inspiración a otros artistas como Lucca Giordano, o Pietro Tacca. Carreño Miranda es otro de los maestros de la pintura española que ha incluido en algunas de sus obras, como *"El Duque de Pastrana"*, a caballos barrocos de gran belleza.

Goya, otro de los grandes maestros de la pintura española, también incluyó en numerosas ocasiones al caballo en sus obras. Estos aparecen como monturas en los retratos de *"Fernando VII"*, *"Carlos IV"*, *"La Reina María Luisa"* o del *"General Palafox"*. Pero también aparecen en otras obras como *"Garrochista"* o *"Escenas de toros"*, o en su serie de grabados sobre *"La Tauromaquia"*. Más recientemente, otros grandes artistas como Fortuny, Sorolla, Picasso o Dalí, incluyeron al caballo en sus obras, aunque interpretados de formas muy distintas, así mientras que en los cuadros de Fortuny y Sorolla estos aparecen formando parte de asuntos de la vida cotidiana y enmarcados por la luminosidad del mediterráneo, como es el caso de *"Caballos"*, *"Caballero árabe en Tánger"*, *"Andalucía: el encierro"* o *"El*

baño del caballo", Picasso los representa de muy diversas maneras, así nos encontramos a caballos de gran belleza en *"El rapto"*, ágiles bailarines en sus tauromaquias, o como máximo exponente del sufrimiento en *"Corrida"* o en el *"Guernica"*.

El caballo también ha sido un tema constante de inspiración para los escultores, entre los que destacan los italianos Miguel Ángel (por la fuerza y airoso braceo de la montura de su *"Marco Aurelio"*), Donatello (por la serenidad que transmite la montura de su *"Gattamelata"*), Verrochio (por la energía que transmite el caballo de su *"Colleoni"*) y, cómo no, Leonardo da Vinci, y aunque su escultura dedicada a Francesco Sforza no llegó a materializarse, si hemos podido deleitarnos con el boceto del citado monumento, en el que aparece el considerado como más armonioso de los caballos. Inicialmente, los escultores representaban al caballo al paso o parados, siendo el también italiano Pietro Tacca, quién tomando como modelo a Velázquez, hizo una escultura de Felipe IV en un caballo levantado de manos, una idea que después fue utilizada por numerosos artistas para los monumentos de reyes europeos y caudillos hispanoamericanos. Aunque la barroca Salzburgo es la ciudad con el mayor número de monumentos ecuestres, Madrid es una de las ciudades con más esculturas en las que aparece este animal, destacando entre ellas el monumento a Felipe III que hay en la Plaza Mayor, que es la más antigua de esta ciudad, los monumentos de Alfonso XII y del General Martínez Campos, estas dos últimas obras de Mariano Benlliure, los caballos que acompañan a Neptuno en su fuente, o los que aparecen coronando el Arco del Triunfo. Monumentos en los que se incluyen representaciones de nuestros équidos que están distribuidos por toda nuestra geografía, destacando entre ellos el realizado a Francisco Pizarro en Trujillo (Cáceres), del norteamericano Charles Cary Rumsey, o el dedicado por Córdoba a el Gran Capitán y realizado por Mateo Inurria.

En el año 1895 los hermanos Lumière inventaron el cine, denominado también como *"el séptimo arte"*. Un arte en el que el caballo estuvo presente desde sus comienzos y en el que también ha sido protagonista, como en *"El corcel negro"* (1979), *"Todos los caballos bellos"* (2000), *"Océanos de fuego"* (2004) o *"Spirit, el corcel indomable"* (2002), aunque esta última es una película de animación de la factoría Dreamworks. Pero el caballo no ha necesitado ser el protagonista para destacar en las películas, quién no recuerda la carrera de cuadrigas en *"Ben-Hur"* (1959) o quién se imagina un "western" sin caballos. En este último género los caballos son un elemen-

to esencial, llegando incluso a utilizarse sus capas para identificar a sus jinetes como “buenos” (capas claras), “malos” (capas oscuras) o “indios” (capas dicromáticas). El temperamento, carácter, inteligencia y belleza de los caballos de raza española ha hecho que estos participen en numerosas producciones cinematográficas, destacando entre las más recientes “*Alejandro Magno*” o la trilogía “*El señor de los anillos*”.

La fusión entre el caballo y el arte tienen su máxima expresión en como muchas de sus razas nos evocan culturas o momentos de nuestra historia. Así, mientras que los ágiles caballos árabes se asocian en nuestra imaginación con la cultura oriental, los robustos caballos percherones nos hacen pensar en las armaduras y los torneos de la Europa medieval, siendo los caballos de Pura Raza Española evocadores de la belleza del Barroco.

CABALLOS CON NOMBRE PROPIO EN LA HISTORIA

La Historia de la Humanidad está unida indisolublemente a la historia del caballo, uno de los animales más hermosos de la creación, que nos ha acompañado desde su domesticación, contribuyendo de una forma muy decisiva a forjar nuestra historia. El mejor ejemplo de esta unión indisoluble entre el hombre y el caballo se refleja en la frase que nos regaló Rubén Darío “*No se concibe a Alejandro Magno sin Bucéfalo, al Cid sin Babieca, ni puede haber Santiago en pié, Quijote sin Rocinante, ni poeta sin Pegaso*”. Pero no sólo estos caballos han entrado con nombre propio en la Historia de la Humanidad, sino que han sido numerosos, la mayoría de forma anónima, los que han ido acompañando al Hombre durante siglos.

Bucéfalo. Fue el caballo de Alejandro Magno (356-323 a.C.) y desde su lomo dirigió las batallas que expandieron el imperio griego hasta Egipto y la frontera con la India, un imperio de más de veinte millones de kilómetros cuadrados. Era un hermoso animal de Tesalia, de temperamento arisco y difícil, excepto para Alejandro que fue el único capaz de montarlo. Era de capa negra azabache, con una cabeza de frente ancha (su nombre significaba “*cabeza de buey*”), perfil ligeramente cóncavo y con un lucero blanco. El encuentro entre Alejandro y *Bucéfalo* nos lo relata Plutarco en “*Vidas paralelas: Alejandro y César*”. *Bucéfalo* murió a los treinta años de edad (aproximadamente con la misma con la que moriría el propio Alejandro) a consecuencia de las heridas que sufrió en la batalla de Hidaspes (año 326 a.C.) contra el rey hindú Poros, y fue enterrado con honores militares, fundando en su honor la ciudad de Alejandría Bucefália, al noreste del actual Pakistán.

Estrategos o Strategos. Que en griego significa “*general*”, fue el caballo favorito de Aníbal Barca (247 al 183 a.C.), el general cartaginés capaz de atravesar los Alpes con un ejército de más de cincuenta mil hombres, diez mil jinetes y medio centenar de elefantes, y vencer a los romanos en su propio feudo. *Estrategos*, era un caballo traído de Tesalia por Aníbal (con la idea de emular a su gran ídolo Alejandro Magno), de gran alzada y color negro azabache, inquieto, agresivo en la carrera y fácilmente manejable en el combate (no hay que olvidar que los cartagineses montaban sus caballos sin freno, sin bocado y muchas veces sin bridas).

Genitor. Que en latín significa “*creador, padre o reproductor*”, fue llamado así por Julio César (100–44 a.C.) en recuerdo de su padre. Este caballo, que nació en los establos de Julio Cesar, presentaba atavismo en las patas, por lo que tenía varios dedos largos rematados con cascos, además del casco central, una malformación debida a la desactivación del gen inhibidor que impide el crecimiento de más dedos, aparte del tercero, durante el desarrollo embrionario del caballo. Una rareza que interpretaron los augures como un designio de los Dioses. Con este caballo, Julio Cesar participo en la Guerra de las Galias y atravesó el río Rubicón cuando, la noche del 12 de enero del año 50 a.C. (calendario “Juliano”), se decidió por la guerra civil y la conquista del poder. Antes de ello mando construir una estatua de su caballo frente al templo de Venus Genetrix para que lo protegiera durante las batallas.

Incitatus. Que en latín significa “*impetuoso*”, fue el caballo de Calígula (Cayo César Augusto Germánico, 12-41 d.C.) emperador de Roma entre los años 37 al 41 d.C. Era un caballo de origen hispano, al que el emperador adoraba, que ganó numerosas carreras en el hipódromo de Roma. Parece ser que *Incitatus* solo perdió una carrera y ésta le costó la vida a su auriga. Calígula le otorgo a su caballo el título de Cónsul de Britania y mandó construir para él una caballeriza de mármol y un pesebre de marfil y, más tarde, una casa-palacio con servidores y mobiliario de lujo para que recibiese a las personas que le mandaba como invitados.

Othar. Este caballo acompañó a Atila el huno (406-453 d.C.), también conocido como el “*azote de Dios*”, en la conquista de Europa desde Asia. Montado en este corcel Atila estuvo a punto de conquistar Roma y Constantinopla, y luchó en la batalla de los Campos Cataláunicos (Châlons-sur-Marne). Este caballo ha pasado a la historia con la terrible leyenda de que “*por donde pisaba no volvía a crecer la hierba*”.

Lazlos. Que en árabe significa “*caballo del desierto*”, fue el primer caballo que tuvo Mahoma y con el que hizo su primera peregrinación a La Meca, aunque sin abandonar todavía su camello favorito *Al Qaswá*. Parece ser que este espléndido animal, que precedió a *Espada*, el caballo que le regaló el gobernador de Egipto durante los primeros años de la Hégira, inspiró a Mahoma su gran pasión y amor por los caballos y el que le motivó a escribir, y proclamar, diferentes máximas en el Corán, como “*El diablo nunca osará entrar en una tienda habitada por un caballo árabe*”. Unas máximas que están en la raíz de la relación, y pasión, que en el Islam hay por los caballos, especialmente los de raza árabe. Una raza al que otras, como el pura sangre inglés o el cuarto de milla, deben parte de sus características.

Babieca Su nombre va indisolublemente unido al del Cid Campeador (el castellano Rodrigo Díaz de Vivar), al que fue regalado por el rey Alfonso VI de León y Castilla como recompensa a sus servicios. Aunque conocemos que era un caballo de capa torda, obediente, ágil y lleno de brío, existe controversia sobre su raza, pues si bien para algunos historiadores era un caballo Español o Árabe, otros consideran que se trataba de un caballo de origen leonés, concretamente de la comarca de Babia, o un caballo de raza asturcona, ya que “*babieca*” es una antigua expresión castellana para “*feo, tonto o soso*”. Según el *Cantar del Mio Cid*, fue el caballo sobre el que Jimena, su esposa, montó el cadáver de éste para hacer creer a sus enemigos que seguía vivo y levantar la moral de sus tropas en la defensa de Valencia. Después de esta última cabalgada no volvió a ser montado y murió dos años más tarde, a la inusual edad de 40 años, siendo enterrado en la proximidad del Monasterio de San Pedro de Cardeña, cercano a la localidad de Castrillo del Val, a unos 10 Kms. de Burgos.

El Morcillo. Fue el caballo que utilizó Hernán Cortés en la conquista de México, tras la que declaró que “*después de Dios, no tengo otra seguridad sino la de los caballos y que después de Dios, debo mi victoria a los mismos*”, y eso que en aquella expedición solo contaba con 16 caballos. Este caballo sufrió una herida en el casco durante la expedición de Hernán Cortés a la actual Honduras (1525), por lo que fue puesto al cuidado de una población indígena en el Petén (actual Guatemala), llamada Tah Itzá. Este animal, aunque fue tratado como un dios vivo, desgraciadamente murió y los indígenas hicieron una estatua de él y lo adoraron como al dios Tziunchán (dios del trueno y de los rayos), hasta que en 1618 la escultura fue descubierta por misioneros franceses, siendo destruida.

Jinn. Fue el caballo en el cual el sultán Solimán el Magnífico (sucesor de Selim el Adusto) montó para ir a sitiar Viena. Era un caballo inmenso y sin miedo al agua, hay que recordar que en aquella época todavía no existían los puentes sobre el río Danubio. Sin embargo, Viena fue salvada por mercenarios serbios montados en ariscos caballos y guiados por el polaco Jan Sovieski a lomos de un enorme caballo Español y capa torda, llamado *Salvador*

Marengo. Fue el caballo más conocido de Napoleón. Era un caballo tordo, de raza árabe, de unos 145 cm de alzada, de constitución férrea, veloz y manejable, que fue importado de Egipto a Francia en el año 1799 a la edad de seis años. Sin embargo, no fue el único caballo de Napoleón, ya que este contaba, para su uso personal, con unos 130 caballos, la mayoría tordos, alazanes y bayos, entre los que se encontraban *Vicir, Blanco, Cyrus* (rebautizado como *Austerlitz*), *Taurus, Tamerlán, Nerón, Cerberé, Roi-telet, Intendant, Coquet, Friedland, Wagram, Montevideo* y *Córdoba*. Sus razas preferidas eran la árabe y la bávara, aunque los de esta última lo hacían demasiado pequeño. Se dice que *Marengo* permanecía tranquilo durante los disparos de las armas de fuego. Durante su vida fue herido ocho veces en batalla y, finalmente, capturado tras la batalla de Waterloo y llevado a Inglaterra, donde murió a los 38 años. Su esqueleto fue llevado al National Army Museum en Sandhurst.

Copenhagen. Este caballo de carreras nacido en 1809 e hijo de *Meteor* (que fue segundo en Derby en 1786), estaba destinado a ser la montura del Duque de Wellington en la batalla de Waterloo (18 de junio de 1815). Era un caballo castaño y media 152 cm a la cruz, y Wellington lo definió como “*puede haber habido muchos caballos más rápidos y sin duda muchos más bellos, pero nunca vi uno tan resistente*”. Cuando murió, veinte años después, fue enterrado con honores militares, conservándose aún la lápida en Strathfieldsaye.

Palomo. Era el nombre del caballo que acompañó a Simón Bolívar, el Libertador de Panamá, Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú y fundador de Bolivia en su gesta. Era un caballo tordo, de gran alzada y con una cola que le caía hasta el suelo, que le fue obsequiado en Colombia poco antes de la batalla del Puente de Boyacá (1819).

El amor que la Humanidad ha sentido siempre por los caballos le llevó a situarlos en un lugar privilegiado, entre los dioses. Entre estos caballos mitológicos tenemos a *Pegaso, Janto* y *Balio*, entre otros muchos

como *Arvak* y *Aslvid* (Madrugador y Muy veloz) que en la mitología escandinava eran los encargados de tirar del carro del Sol.

Pegaso. Fue el primer caballo que consiguió estar entre los dioses de la Mitología Griega y tratar de tú a los habitantes del Olimpo, siendo considerado como el símbolo de la velocidad. *Pegaso* era el caballo de Zeus, el dios soberano y amo del Cielo y la Tierra. Según la mitología griega el "*caballo volador*" nació del chorro de sangre que brotó cuando Perseo cortó la cabeza a Medusa y gracias a él pudo libertar al héroe a la que sería su esposa, Andrómeda, la hija del rey de Etiopía, castigada por querer disputar a las Nereidas el premio de la hermosura. Pegaso, creció y vivió sus años de potro en las laderas y los verdes prados del monte Olimpo, situado entre Tesalia y Macedonia, considerado como la morada de los dioses. Era un caballo totalmente blanco y con dos alas que le permitían volar, aunque cuando lo hacía, movía las patas como si en realidad estuviera corriendo por el aire. Este caballo es representado como un bello ejemplar del tipo "*sículo*", cruce del ario y del persa.

Janto y Balio. Después de *Pegaso* la mitología griega, de la mano de Homero, nos trae a los caballos de la *Ilíada*: "*Janto y Balio*", hijos de la yegua *Podarga*. Estos caballos de pura sangre persa eran considerados como inmortales, y los recibió Peleo en dote al casarse con la nereida Tetis, de cuya unión nació Aquiles. Ambos caballos corrían a mayor velocidad que sus congéneres, por lo que Aquiles no podía uncir a su carro otros dos caballos, que era lo habitual entre los griegos. Mientras que *Janto* era de capa negra azabache, *Balio* era tordo.

La literatura ha sido otro de los lugares donde el Hombre ha querido dejar patente su amor por los caballos, creando de esta forma unos corceles que debían acompañar, como lo han hecho sus congéneres reales, al hombre en sus aventuras y sus desdichas. Entre estos caballos tenemos a *Rocinante* y *Sabba* entre otros muchos.

Rocinante. Fue el nombre elegido por el genio de las letras Miguel de Cervantes para el caballo que debía de acompañar en sus aventuras a Don Quijote de la Mancha. Según narra en su obra Cervantes el nombre fue elegido por Don Quijote por "*nombre a su parecer alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fue rocín, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo*". Así pues, antes de lo que ahora era, piel y huesos, fue rocín que Don Quijote veía como "*mejor montura que los famosos Babieca del Cid y Bucéfalo de Alejandro Magno*"

Sabba. Es el nombre del último de los caballos que ha engrosado la lista de los personajes literarios. Se trata de una yegua alazana de raza árabe que acompaña en sus aventuras, entre las batallas de Alarcos (1195) y de las Navas de Tolosa (1212), a Diego de Malagón, el personaje central de la obra de Gonzalo Giner "*El sanador de caballos*", y en la que su autor nos demuestra su amor por los caballos. Se trata de una novela histórica y de aventuras, cuyo hilo conductor son las peripecias de un joven muchacho, siempre acompañado por su inseparable caballo, y obsesionado por descubrir los secretos más recónditos del arte de curar a los animales.

Junto con estos caballos, que han llenando las páginas en las que se ha ido escribiendo nuestra Historia, también han existido otros muchos corceles, como *Tornado*, *Silver* o *Jolly Jumper*, que han hecho volar nuestra imaginación, soñando con ser sus jinetes y convertirnos, de esa forma, en *El Zorro*, *El Llanero Solitario* o *Lucky Luke*. Pero si todos estos caballos han pasado a los libros, ya sean de historia o de aventuras, hay otros caballos, a veces con nombres como *Plastilina*, *Gnomo*, *Luz de Luna* o *Rosita de Abril*, que siempre estarán en un lugar más importante que los libros, el corazón de sus jinetes. ¿Quién no recuerda el nombre del caballo con el que aprendió a montar?.





BIBLIOGRAFÍA

- Agüera Carmona, E. (2008). Córdoba, caballos y dehesas. *Almuzara. Córdoba*
- Agüera Carmona, E. (2008). Domesticación y origen de la doma y manejo del caballo. *Lección inaugural del Curso Académico 2008-2009. Universidad de Córdoba.*
- Ávila Jurado, I., Santisteban Valenzuela, J.M., Gómez Villamandos, R., Ruíz Calatrava, I. (1998). El caballo protagonista en la historia y en la Medicina Veterinaria. *Publicaciones de la Universidad de Córdoba y Obra Social y Cultural Cajasur. Córdoba*
- Carrasco, L. (2007). El caballo como protagonista de la historia de la medicina veterinaria. *Caballerizas Reales 1: 35-39*
- Carrasco, L. (2008). El caballo en Andalucía, un breve apunte de su historia. *Caballerizas Reales 2: 26-31*
- Carrasco, L. (2009). Caballos con nombre propio en la historia. *Caballerizas Reales 3: 11-16*
- Carrasco, L. (2010). El caballo en el arte. *Caballerizas Reales 4: 44-49*
- Casas Méndoza, N. (2000). Historia General de la Veterinaria. *Unión de Bibliófilos Veterinarios Españoles. Córdoba*
- Castejón Calderón, F.J. (2003) Médicos de hombres y de animales en la antigüedad. *Boletín de la Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes 144.*
- Gener Galbis, C. (1999). Lecciones de historia de la Veterinaria española. *Fundación Universitaria San Pablo CEU. Valencia*
- Girón Tena, F. (1975). El caballo en España. *Publicaciones del Ministerio de Información y Turismo. San Sebastián*
- Iglesias Pérez, J. y Mateos-Nevado Artero, B. (1995). El caballo español. *Junta de Andalucía. Consejería de Agricultura y Pesca. Congresos y Jornadas 38/97. Sevilla*